
**Fontana, Josep. Enseñar historia con una guerra civil de por medio
Barcelona, Crítica, 1999. p. 155.**

Desde hace varios años, los manuales escolares se han transformado en un objeto de estudio que permite investigar áreas diversificadas, de las cuales dos han sido las más exploradas. La primera de ellas es la que podríamos denominar como predominantemente didáctica y es la que se preocupa por indagar qué ocurría realmente dentro de las aulas donde se enseñaba Historia. Para ello los manuales (especialmente hasta la década de 1970) resultan una herramienta insustituible. La segunda está referida más específicamente a las líneas historiográficas e ideológicas subyacentes en las páginas de estos textos. Como es evidente, ambas vías son complementarias y la diferencia se restringe al punto de vista enfatizado en el análisis.

El trabajo de Josep Fontana que comentamos puede inscribirse en la segunda de las variantes expuestas y en principio parece imprevisto en la producción de autor. Sin embargo, este pequeño libro del ilustre historiador catalán puede relacionarse sin esfuerzo con sus preocupaciones acerca de nuestra disciplina. En una de sus obras más difundidas, la ya clásica *Histo-*

ria. Análisis del pasado y proyecto social, Fontana advertía que no se ocuparía de la historiografía ni de la filosofía de la historia sino de:

*... la teoría de la historia (esto es, del pensamiento de que se sirve el historiador para orientar su trabajo) y de las ideas sociales subyacentes: del proyecto social en que el historiador inscribe su tarea.*¹

Los mismos propósitos son los que lo guían en *Enseñar historia con una guerra civil por medio*, donde en sus primeras páginas dice:

Cuando nos ponemos a discutir acerca de la clase de historia que se debe enseñar en nuestras escuelas, institutos y universidades, conviene que tengamos en cuenta que lo que está en juego no son simplemente opciones metodológicas o preocupaciones por la dosis de conciencia nacional que se infunde en la educación, porque como ya anticipara un humanista español del siglo XVI, no hay nación, sino naciones: proyectos distintos de sociedad que construir (p. 9).

El autor toma para demostrar esta afirmación versiones no ya diferentes sino directamente antagónicas de la historia de España dirigidas a primer grado, distantes cronológicamente sólo por seis años, pero separadas una de la otra por el abismo que significó la Guerra Civil Española. Los dos libros tomados como ejemplo son reproducidos íntegramente y precedidos por una introducción donde Fontana hace gala de su erudición y de su espíritu de polemista.

A partir de estos textos escolares, se ocupa de demostrar un cambio fundamental:

Contra la enseñanza razonadora de la época republicana, cuyos libros habían de ser condenados a la hoguera... se impuso una enseñanza destinada a inculcar valores y apartar al niño de la funesta manía de pensar... La enseñanza había de ser una mezcla de patriotismo y religión, destinada a implantar convicciones, para lo cual convenía que usara elementos que sirviesen para crear emociones más que para suscitar la reflexión (p. 17).

Los manuales con los que se propone demostrar esta contraposición son *Mi primer libro de Historia* (1933) escrito por Daniel G. Linacero, un maestro y licenciado en historia asesinado por el franquismo en 1936 y el *Manual de Historia de España* (1939), con el sello del Instituto de España (la agrupación de las Reales Academias impulsada en 1937, inspirada en el modelo del Colegio de Francia con el propósito de difundir una imagen positiva del Movimien-

to Nacional), detrás del cual Fontana reconoce la influencia de José María Pemán, su primer presidente.

En ambos textos, el concepto de la Historia no podría ser más opuesto. *Mi primer libro...* dice:

Nunca se cuidó el educador de borrar de la Historia toda esa balumba insoportable de necedades de príncipes y favoritos, extrayendo del evolucionar histórico aquellos sucesos del orden material y espiritual que de una manera indudable han contribuido a formar este mundo que nos rodea, sin olvidar que la Historia no la han hecho los personajes, sino el pueblo todo y sobre todo el pueblo trabajador humilde y sufrido, que solidario y altruista, ha ido empujando la vida hacia horizontes más nobles, más justos, más humanos (pp. 1-32).

Por su parte, el *Manual...* afirma:

La historia es como un cuento maravilloso; pero un cuento en que todo es verdad, en que son ciertos los hechos grandiosos, heroicos y emocionantes que refiere.

La Historia cuenta lo sucedido en el mundo desde que Dios lo creó, hace miles y miles de años.

Por la Historia se sabe lo que ha ocurrido en cada país y cómo fueron sus Reyes, sus gobernantes y sus personajes más ilustres...

La Historia hace relación de las guerras, las hazañas extraordinarias, de las aventuras fantásticas, de los viajes y de las exploraciones arriesgadas y de todo cuanto han realizado los hombres desde los tiempos más antiguos. (p. 97)

Consecuentemente con esta oposición acerca de lo que era la disciplina de la que debían ocuparse, las modalidades para desplegar los contenidos en los textos son totalmente diferentes. Linacero desarrolla su manual sobre la metodología de los “centros de interés” y dice:

Para que el niño pueda darse cuenta del proceso histórico, le colocamos en el primer capítulo en la situación en que hoy se encuentra, en su casa, rodeado de su familia, en contacto con todos los adelantos de la civilización que mejor puede comprender. Inmediatamente le llevamos a la Historia de las cosas, siguiendo en cada capítulo el orden evolutivo natural, de lo más sencillo a lo más complicado, escogiendo las etapas más destacadas en cada caso. Así conseguiremos la espontánea comparación entre lo actual y lo anterior, desde las formas más simples de la cultura (p. 33).

Con este criterio recorre temas de la vida cotidiana: la vivienda, el vestido, la caza y las armas, el transporte, el alumbrado, el trabajo, los juegos, la escritura, la cooperación y la solidaridad.

También coherente con sus principios, el *Manual...* del Instituto de España se dedica al recuento de reyes, batallas y acontecimientos extraordinarios. La mezcla de intolerancia y maniqueísmo que recibían los alumnos a través de este libro puede valorarse en unas pocas citas:

Los judíos se dedicaban especialmente al

comercio y a la usura, y en secreto trataban de propagar su falsa religión. En varias ocasiones habían martirizado niños cristianos con horribles sacrificios. Por todo esto, el pueblo los odiaba. Los Reyes Católicos, viendo todos los peligros que representaban los judíos para España, los expulsaron del reino seis meses después de la toma de Granada (p. 125).

Al mismo tiempo que los guerreros españoles ganaban en América tantas tierras para el rey de España, los misioneros de las Órdenes religiosas predicaban el Evangelio a los indios y los convertían al catolicismo con paciencia y santidad admirables, sufriendo muchas veces los tormentos a que los sometían algunos indios feroces de las tribus crueles y sanguinarias. (p. 133)

Cuando terminó la guerra europea, se implantó en Rusia el comunismo, con una revolución cruel y sangrienta, que produjo la ruina y un hambre espantosa en el país, muriendo miles de personas por campos y ciudades. Desde entonces los comunistas empezaron la gran propaganda de sus ideas al mundo... En vista de los peligros del comunismo, que amenazaba con la destrucción de las naciones en que penetraba, Benito Mussolini fundó en Italia el partido Fascista, para defender la civilización cristiana, la moral y la justicia. (pp. 146-147)

De la contraposición de ambos libros, que el autor considera suficientes como para esquematizar los dos modelos de sociedad que se pretendían, Fontana conclu-

ye revalorizando el reformismo de la Segunda República.

A esta generalización se le podría interponer algún reparo. En primer lugar, acerca de los extremos temporales para realizar la comparación. Si bien el texto de Linacero se edita durante la República, su aparición está alejada del estallido de la guerra y, por lo tanto, su tono necesariamente es más moderado y distante del combate ideológico más encarnizado. Tal vez, hubiera sido más representativa la comparación con los manuales de la “dictablanda” de Primo de Rivera o del *Manual de Historia de España* con algún texto republicano producido durante el conflicto y, por lo tanto, necesariamente más sectario. Un ejemplo de esta literatura de guerra es *El reloj*, editado en 1936 por el Ministerio de Instrucción Pública y repartido gratuitamente entre los huérfanos e hijos de milicianos. En esta obra, traducida directamente del ruso y que recoge algunos textos de Lenin, se dice en su contraportada:

*Niños españoles: Mientras los asesinos fascistas os tiran bombas y matan a vuestros hermanitos, el Ministerio de Instrucción Pública del Frente Popular os regala juguetes y cuentos y se preocupa de vuestra instrucción para que mañana seáis hombres útiles a la nueva sociedad.*²

Por otra parte, *Mi primer libro de Historia*, cuya primera edición de diez mil ejemplares (una tirada significativa para la

época) se agotó, resulta un ejemplo representativo pero que no agota el amplio universo de los textos circulantes en ese momento. De la misma forma, aunque el Instituto de España se esfuerza por imponer sus manuales como únicos y el franquismo reconoce en un primer momento la conveniencia ideológica de esa uniformidad, las editoriales interponen sus intereses económicos, entran en conflicto con ese principio y, aunque los libros del Instituto de España se siguen publicando, otros manuales terminarán compartiendo con ellos el mercado.

A pesar de estos reparos, el centro de la hipótesis que quiere demostrar Fontana se sostiene firme: lo que combatían los franquistas no era la subversión revolucionaria, que no se vislumbra en los libros de Daniel G. Linacero, sino su apelación a la razón, a la tolerancia y la intención de construir pacíficamente un mundo más justo, valiéndose —como decía el mismo Linacero— de “las dos grandes virtudes sobre las que se asienta la vida: cooperación y solidaridad.”

En la primera página de su introducción, Josep Fontana establece cuáles son los propósitos reales de ese adoctrinamiento: transmitir a los niños convicciones directamente relacionadas con intereses sociales concretos que son los que impregnan la visión del pasado que se inculca. Quienes fueron derrotados y quienes vencieron en la Guerra Civil pugaban por proyectos de mundo diferentes,

como se puede ver a través de las concepciones de la historia que se transmitieron en la escuela.

En este camino, el análisis de Fontana no se ocupa sólo de mostrar crudamente la concepción del mundo del franquismo —que con el paso del tiempo se ha vuelto patética y grotesca—³ a través de uno de sus manuales de cabecera, sino que también tiene la originalidad de rescatar una

propuesta que brindó hace casi setenta años un educador de la Segunda República, quien presentó un modelo de sociedad más humano e igualitario a través de un libro en el que muchos de sus principios pedagógico-didácticos se mantienen hoy aún vigentes.

Gonzalo de Amézola
Universidad Nacional de La Plata

Notas

¹ Fontana, Joseph: Historia. Análisis del pasado y proyecto social, *Barcelona, Crítica, 1982, p.9.*

² Citado por Molero Pintado, Antonio. “Tres momentos clave en la historia del texto escolar: de la dictadura primorriverista a los primeros años del franquismo”, en AA. VV. El libro escolar, reflejo de intenciones políticas e influencias pedagógicas. *Madrid, UNED, 2000, p. 311.*

³ Para una recopilación de los aspectos más desopilantes de los manuales franquistas cfr. Otero, Luis. *Al paso alegre de la paz. Enredo tragicómico sobre la escuela franquista y pedagogías afines.* Barcelona, Plaza y Janés, 1996.